



El desertor



SIEGFRIED LENZ

*Traducción del alemán a cargo de
Consuelo Rubio Alcover*



IMPEDIMENTA



CAPÍTULO I

Nadie abrió la puerta. Proska volvió a llamar, esta vez con mayor fuerza y determinación, conteniendo el aliento. Esperó, inclinó la cabeza y miró la carta que llevaba en la mano. En la puerta había puesta una llave, así que debía de haber alguien en la casa. Pero nadie abrió.

Se apartó lentamente de la entrada y se aventuró a echar una ojeada a través de la ventana medio empañada. El sol le caía de plano sobre la nuca, pero no le importaba. De repente, las rodillas de Proska —las rodillas de un asistente fornido, de treinta y cinco años— empezaron a temblar. Despegó los labios con tanta violencia que un hilillo de saliva quedó atrapado entre ellos.

Frente a él, a unos dos metros por detrás del vidrio, distinguió a un hombre mayor sentado en una silla. El anciano se había descubierto por completo el brazo izquierdo

—una rama reseca, amarillenta y ya medio marchita de su cuerpo— y estaba llenando una jeringa con una insoportable meticulosidad. Ausente, dejó caer al suelo la ampolla vacía, ya usada. Desde donde se encontraba, Proska creyó percibir el ruido del cristal al resquebrajarse, pero se equivocaba, pues la luna de la ventana no habría dejado pasar ese sonido casi imperceptible.

Con cuidado, el anciano dejó la jeringa sobre una mesita baja. Tomó entonces entre sus descarnados y temblorosos dedos un pellizquito de algodón de una torunda y le dio unas cuantas vueltas hasta formar una especie de tapón que colocó después en el gollete de una botella. Luego, sin prisa, alzó el recipiente y lo puso boca abajo. El líquido empañó la bolita de algodón, que parecía insaciable y que enseguida cambió de color.

Proska no dejó que se le pasara por alto ni un solo movimiento, ni un solo paso del procedimiento, por nimio que este fuera. Se habría cruzado con el anciano cuatro o cinco veces a lo largo de su vida, a lo sumo. Proska no sabía nada sobre él, salvo que era farmacéutico y que en el cartel que había colgado en su puerta ponía «Adomeit». Aparte de eso, nada en absoluto.

El anciano se frotó un punto del antebrazo con la bolita de algodón y permaneció a la espera unos instantes. Mientras tanto, miraba de soslayo la aguja de la jeringa por encima de la montura metálica de sus gafas, que reflejaba los rayos del sol lanzando inofensivos guiños.

«¿Qué irá a hacer? ¿Se pinchará en el brazo? ¿En una vena? ¿Qué pretenderá el viejo con eso?»

Las comisuras de los labios de Proska se contrajeron.

Adomeit apresó la jeringa entre dos dedos y se la acercó a

los cristales de las gafas. Y entonces ejerció una presión fugaz sobre el émbolo que provocó que un chorrito delgado de un líquido marrón saliera despedido de la aguja. El instrumento era fiable, funcionaba a la perfección. A continuación, el anciano se lo clavó súbitamente en el brazo. Proska permanecía muy quieto frente a la ventana, casi paralizado. Era consciente de que no podía gritar ni levantar la mano ni salir corriendo. Mientras contemplaba cómo el anciano maniobraba con su cuerpo, creyó sentir en carne propia un dolor agudo, tan profundo como la raíz de un pelo, tan hondo como la cuenca de un ojo humano. Inflexible y sin interrupciones, el dedo índice del anciano siguió presionando el émbolo hasta que todo el contenido de la jeringa se hubo mezclado con el torrente sanguíneo.

Entonces, en un abrir y cerrar de ojos, se retiró la aguja del brazo. Solo en ese instante se sintió Proska capaz de moverse de nuevo. Regresó a la puerta a la carrera, golpeó la madera y esperó. Pero nadie le abrió. Con cautela, presionó hacia abajo el picaporte. Chirriante y reticente, la puerta se abrió, permitiéndole el paso.

—Buenos días —saludó Proska. Su voz sonó ronca.

El anciano no respondió. Saltaba a la vista que no había advertido la presencia del otro hombre en su habitación.

—Me gustaría preguntarle... —dijo Proska elevando la voz.

Pero dejó la frase inconclusa cuando descubrió que Adomeit estaba concentrado en la tarea de restregarse el punto del brazo del que acababa de retirar la aguja de la jeringuilla con el algodón. Entonces, el anciano se levantó de la silla y se acercó a la ventana. Sumergió el amarillento brazo en la claridad del sol y murmuró:

—¡Ahí está! ¡Lámelo, rápido, sécalo!

Proska advirtió la presencia de una motita roja sobre una de sus venas: el mordisco de la aguja.

—¡Señor Adomeit!

El anciano continuó mirando por la ventana mientras se bajaba la manga de la camisa. Proska gritó:

—¡¡¡Le deseo que tenga usted un buen día!!!

Solo entonces el farmacéutico se dio la vuelta con suma lentitud, percatándose de que tenía visita, y contempló a Proska con unos ojuelos grises, afables y llenos de asombro.

—Buenos días... Usted debe de ser el señor Proska...

—Así es. Me gustaría saber si podría prestarme un sello.

Proska alzó el sobre que llevaba en la mano.

—¿Una carta para mí? —preguntó Adomeit—. ¿Quién me la habrá mandado?

—No, no es para usted... —dijo Proska—. En realidad, yo solo quería preguntarle...

—Tiene que hablar usted más alto —lo interrumpió el farmacéutico—. Me falla el oído.

Y se sentó en la silla, sin preocuparse por que su visitante siguiera de pie.

—¡Le estoy diciendo que si no tendría usted por casualidad un sello de sobra, señor Adomeit!

—Deme usted esa carta, aunque sigo sin tener ni idea de quién me habrá escrito...

—¡Le repito que la carta no es para usted! —gritó Proska—. ¡Yo solo quería saber si me podía usted prestar un sello! En principio, se lo devolvería mañana mismo.

—¿Quiere usted un sello?

—¡Sí! Mañana se lo devolveré.

—¡Tengo muchísimos! —dijo el viejo con amabilidad—. Le puedo dar hasta más de uno. A mi edad, uno ya no

necesita sellos para nada. ¿A quién iba a escribirle yo? Bueno, me queda un amigo que vive en Braunschweig... Nos conocemos desde hace sesenta años. Antes éramos vecinos, igual que usted y yo ahora. Vecinos... De modo que todo lo que dos personas se pueden contar una a la otra, nosotros nos lo hemos contado ya. Dese cuenta de que han pasado sesenta años... ¿Cuántos sellos dice que necesita?

—¡Dos!

—¿Cuántos ha dicho? Debería hablar más alto, no oigo bien.

—¡Dos sellos! —gritó Proska—. Solo hasta mañana.

—Eso está hecho —murmuró Adomeit, a la vez que se levantaba de la silla. Y entonces abrió la cómoda, sacó de ella un cuaderno y se encaminó hacia su visitante, deprisa pero con pasos muy cortos—. Mire, escoja usted mismo los que prefiera.

El asistente abrió el cuaderno, lo hojeó por encima y encontró una tira de diez unidades.

—¡Ahí están! —exclamó el anciano—. Coja todos los que le hagan falta.

El hombre despedía un desagradable olor a hospital. Proska sintió un ligero pinchazo en la sien izquierda y se dio cuenta de que necesitaba respirar algo de aire fresco.

—Tómelos, tómelos usted mismo —lo animó el farmacéutico, al notar que vacilaba.

—Estos sellos son antiguos, ya no valen.

—Puede coger más de dos si quiere —dijo el anciano sin quitarles ojo a los labios de su visitante.

—¡Le digo que estos sellos ya no tienen validez! —gritó Proska—. ¡Sus sellos están obsoletos! ¡Son tan viejos que ya no tienen valor alguno!

—Pero todavía pegan muy bien, ¿ve?

—Como comprenderá, eso no le importa a nadie. Los sellos no solo tienen que pegarse, sino que además han de ser válidos...

—No importa, puede usted llevarse los que quiera —dijo el anciano, servicial.

—No me serían de ninguna utilidad.

—¿Cuántos le doy?

—¡Por muchos que me lleve, no me servirían para nada! —gritó Proska.

Adomeit metió la tira de diez unidades en el cuaderno, se encogió de hombros con ademán compungido y volvió hasta la cómoda con sus cortos pasitos. Metió el cuaderno de nuevo allí, pero, antes de cerrarla, se dio la vuelta y preguntó:

—¿Había dicho usted algo?

Proska negó enérgicamente con la cabeza y echó un vistazo a la carta sin franquear que llevaba en la mano.

El farmacéutico volvió a sentarse.

—Entonces, ¿tiene usted que mandar esa carta urgentemente? —preguntó.

—Sí...

—A su edad... —dijo Adomeit, parpadeando mucho detrás de las gafas—, a su edad yo también escribía.

—Mi hermana debe recibir esta carta.

—Mi madre murió hace mucho tiempo ya...

—¡Le digo que esta carta es para mi hermana! —gritó Proska.

—Para su hermana, sí... ¿Su hermana? ¿Así que tiene usted una hermana?

—Sí, claro. Tampoco me parece nada extraordinario.

Proska sintió ganas de marcharse, pero algo lo obligó a permanecer quieto en el sitio. El dolor de cabeza se había

agudizado, era como si tuviera un taladro neumático aporreándole justo debajo de la mitad izquierda de la frente.

Adomeit se rascó el brazo en el que había introducido la aguja poco antes. Friccionó con las yemas de los dedos el lugar donde se había puesto la inyección.

—¿Y por qué le escribe usted a su hermana? Los familiares no suelen tener demasiadas cosas que contarse. ¿Le ha escrito usted una carta muy larga?

—¡Quince páginas! —gritó Proska.

—¡Dios santo, quince páginas!

Proska notó que le empezaban a temblar las rodillas. Se pasó las manos por la estrecha y alargada frente, por el pelo alborotado y decolorado por el sol, y cerró los ojos.

—¿Está usted cansado? —preguntó el anciano.

—Puede ser. Supongo que le he exigido demasiado a mi cerebro. Este tipo de cosas resultan agotadoras.

—No se debe trabajar tanto —dijo el anciano.

—¡Me refería a pensar! —gritó Proska—. ¡No dejo de darle vueltas a la cabeza!

—¿Pensar? De acuerdo... Pensar. Pero pensar no lleva a ninguna parte.

El anciano juntó los dedos, presionó unos contra otros y sonrió.

—Puede ser —dijo Proska con imparcialidad. De repente alzó la cabeza y miró al anciano con frialdad. Le mantuvo la mirada algo más rato de lo que resulta habitual y al final le preguntó—. Esa cosa que tiene usted ahí... —desplazó la vista para acabar posándola un segundo sobre la cánula—. ¿Por qué se ha pinchado en el brazo con ella? Lo he estado observando.

—¿Quiere que le dé ya el sello?

—¿Por qué lo ha hecho? —gritó Proska, tan alto que le asustó la violencia de su propia voz—. ¿Por qué se estaba pinchando con esa aguja?

—¿La aguja? —El anciano hizo chasquear la lengua—. Es muy fina, ¿verdad? Ni siquiera hace daño. Lo único que pasa es que el sitio donde te has dado el pinchazo se hincha un poquito cuando la medicina se introduce por debajo de la piel. Pero enseguida se baja.

—¿Pero por qué se ha pinchado?

—¿Quiere probar usted también? Es muy fácil. Hay que agarrarla así, mire...

El farmacéutico cogió la jeringa con la mano y la alzó verticalmente en el aire.

—¿Por qué se inyecta eso? —masculló Proska, airado.

Aunque no tenía motivos para reaccionar así, no podía evitar que la ira hacia el viejo creciera en su interior. Cerró con fuerza el puño y se golpeó el muslo con él. Sus manos eran grandes y rojizas.

Adomeit depositó la cánula sobre la mesita baja y esbozó una amigable sonrisa antes de soltar unas risitas que resonaron apenas para el cuello de su camisa. Parecía un viejo corzo macho al que le hubiera sorprendido un ruido sospechoso.

—Permítame explicarle con claridad, señor Proska, cuál es el motivo por el que me inyecto esto. Creo que quería usted saberlo, ¿verdad?

—Sí... Si no le importa contármelo.

—Muy bien, pues se lo voy a relatar a usted con pelos y señales. Pero le ruego, por el amor de Dios, que no se enfade por lo que va a escuchar. —Se rascó en el lugar de la inyección, miró distraídamente por la ventana, se dio la vuelta y le dirigió a Proska un guiño insidioso—. Insisto: no ha de

enfadarse por lo que le voy a decir. A usted le gustará sentarse junto a la ventana, ¿no es así? Y si pasa un rato mirando por ella, a veces le vendrán ciertos pensamientos a la cabeza, ¿no? ¿Tal vez recuerdos? ¿No tiene usted recuerdos? Cuando contempla las calles anodinas que recorre cada día o el bosque con sus blandos escondrijos y esos lugares tan bellos que se ocultan tras los arbustos de enebro, ¿no se le ocurre nada entonces? Y si se cruza con una muchacha que pasa corriendo a su lado por la calle y se dirige al bosque, ¿sigue sin pensar nada al respecto? Bien, puede que usted ni se inmute, que se dedique a escupir tranquilamente contra el viento o que incluso le dé por ponerse a pelar una manzana. Tal vez sea usted de los que se comportan así, aun siendo consciente de que una muchacha que se esconde detrás de los enebros oculta algún misterio...

»Mire, soy un hombre viejo, casi diría que un zorro cojo: cualquier pollo corre más rápido que yo. Pero me abruman los recuerdos, ¿sabe? Sé de alguna gente que se ha pasado veinte años viviendo de sus recuerdos. Los arrastran consigo; atan esos recuerdos a la cadenita de un reloj y se meten ese reloj en su bolsillo más seguro. Yo jamás podría hacer algo así, ¡lo odiaría! Pero los recuerdos acuden a mí sin que yo los llame. Ahí están, independientemente de que sirvan para algo o no. Por lo menos, en mi caso sucede así. Miro a la calle, y... ¿me entiende? ¡Uno no debería acordarse de según qué cosas! Algunos sacan provecho de las cosas que les han pasado. Yo no. Así que mando los recuerdos al cuerno, y me encargo de que no regresen nunca inyectándome esto. ¿Lo entiende usted ahora? Ay, ya se ha enfadado conmigo...

Proska inclinó hacia un lado su cráneo rectangular y carraspeó.

—¿Ha dicho usted algo? Tiene que hablar más alto.

—No —dijo Proska—, no he abierto la boca. Ni siquiera he pensado nada.

—Yo no estoy preparado aún... —dijo el farmacéutico—. Los recuerdos no sirven para gran cosa. Son pesados como sacos de azúcar. Te pasas la vida acarreándolos y, al final, no tienes más remedio que acabar hincándote de rodillas bajo su peso. No me gustan los recuerdos. En realidad, cada día es diferente de los demás, nada se repite...

Proska notó que tenía la frente cubierta de sudor. El dolor de cabeza se había convertido en una palpitación, en un golpeo regular contra las sienas.

—¿Puedo sentarme? —preguntó.

—¿Por qué tan pronto? ¿Es que tiene que irse ya?

—¡Solo quiero saber si puedo sentarme! —gritó Proska.

—Sí, sí... Aquí, sobre la cama. Adelante, adelante, siéntese. Todavía no he llegado al final de mi relato, me queda un poco. ¿Se ha enfadado conmigo? ¿No, verdad? Yo también fui soldado en su día. Tomé parte en una guerra, aunque no en esta última, pero en aquella también hubo muchos muertos. Yo mismo le disparé a uno de esos soldados, un joven muy guapo, de hecho. Tenía el pelo negro y una nariz preciosa, de muchacha: pequeña, estrecha y un poco levantada en la punta. Me imagino que era lo que la gente llama una nariz respingona. Pero ¿de qué me sirve a mí recordar eso? Me había tumbado en una vereda del bosque, con los brazos bajo el pecho y la barbilla apoyada sobre las manos. Recuerdo las agujas de los abetos, blandas y húmedas bajo mi espalda, y su olor —ya sabrá usted cómo huelen las agujas de abeto desde tan cerca— anestesiante. Contemplaba cómo unas nubes grandes y solitarias se desplazaban por el cielo, y un arrendajo chillaba

sobre mi cabeza. Todo estaba tranquilo, en paz, y era bello. Entonces, de improviso, apareció un hombre. Bajaba despreocupado por el angosto camino y no tardé en darme cuenta de que se trataba de un soldado ruso. Era muy guapo y muy joven. Él no podía verme, y tampoco tenía ni idea de que había alguien emboscado allí. Ni de que yo lo vigilaba tan de cerca como vigila un águila a un ratón de campo. Cuando se aproximó más a donde yo estaba, alcancé a ver que sobre el pecho llevaba colgada una gran condecoración de plata, enmarcada en azul. Estaría a unos diez pasos de mí en el instante en que se paró en seco y se frotó un ojo, un hermoso ojo de color oscuro. Era evidente que le había entrado un insecto. Lo dejé hacer tranquilamente. En cuanto consiguió sacárselo reemprendió su camino, acercándose a mí todavía más, tanto que supe que en cualquier momento se percataría de mi presencia. Y entonces apreté el gatillo... ¿Sabe usted por qué nos sirven de tan poco los recuerdos? Pues, mire, puede que ese hombre fuera muy desgraciado. ¡Quién sabe! Quizá me siga estando agradecido, incluso ahora. ¿Qué saca uno al acordarse de cosas así? Los que sean capaces de aprender de sus experiencias pasadas, que lo hagan. Pero los que no lo sean, deberían tratar de centrarse en lo que los afecta en el momento presente, que es mucho más importante.

Adomeit se quedó en silencio, mirando la inyección. Sus párpados se cerraron hasta convertirse en una estrecha rendija. Tenía la impresión haber dicho más de lo que en el fondo quería, y eso lo irritaba.

Proaska se levantó.

—¿Adónde apuntó usted? —gritó.

—A la condecoración plateada, ¿dónde si no? —murmuró el farmacéutico.

Ambos hombres se quedaron un rato en silencio. Sus miradas recorrieron la estancia hasta cruzarse de nuevo. De pronto, el anciano, que tenía el rostro demudado, dijo:

—Puede que me queden más sellos. —Tiró de un cajón y se pasó un largo rato rebuscando dentro, hasta que encontró un bloc de notas muy manoseado—. Este, este es —bisbiseó—. ¿No le da la sensación de que algunos objetos se esconden de nosotros? ¡Mire! Me parece que aquí dentro tengo sellos nuevos.

Proska tomó el librito de sus manos y lo hojeó. En su interior encontró cuatro sellos de correos.

—¡Estos sí son válidos! —exclamó—. ¿Puedo quedarme con dos? Se los devuelvo mañana...

—Sí, sí —dijo el farmacéutico—, cójalos. Así su carta llegará sin problemas. ¡Que le vaya a usted muy bien! ¡Espero verle pronto!

Una vez en el patio, Proska se quedó un rato de pie. El aire fresco había empezado a mitigar su dolor de cabeza. Por detrás de una cerca de alambre distinguía los colores de un cerezo que, obligado por la naturaleza, acababa de florecer. Sobre la ventana de Adomeit pendía un palomar, pero dentro de él no se movía nada; sus moradoras debían de haberse ido a arrullar a otro sitio. Proska humedeció el dorso de ambos sellos con la lengua y los pegó en el sobre. A continuación se acercó hasta la puerta de la valla de madera, baja y encalada, la atravesó y se quedó un rato largo vigilando la calle. Como no avistó a ninguna muchacha que se dirigiera al blando escondite del bosque, aunque tampoco a ningún hombre ni a ningún niño, levantó la portezuela del buzón amarillo, examinó la carta con una expresión grave y pensativa —como si realmente se tratara de una decisión única e

importantísima— y la lanzó por fin, rápidamente, a las fauces de aquella estrecha y lóbrega jaula postal. La portezuela se cerró. Era definitivo. Ahora, la carta ya no le pertenecía a él, ya no podía reclamar ningún derecho sobre ella, pues la había entregado. Y para siempre.

Proska cruzó la calle solitaria, subió la escalera que conducía a su modesta habitación y se situó junto a la ventana. Desde allí divisaba, a una distancia de treinta metros, el buzón. El sol lo abrasaba con sus rayos haciendo que proyectara una sombra afilada como un cuchillo.

«¿Qué hará cuando lea la carta? ¿Qué hará Maria? Seguramente se llevará las manos al pecho y la presionará con fuerza, intentando así apaciguar los latidos de su corazón. Aunque no lo conseguirá. Pero si hay algo seguro es que Maria pensará en mí en cuanto descubra el contenido de esta carta. Me maldecirá. Acaso no debería haberle escrito, puede que hubiera sido mejor no hacerlo. Esta carta, como un tiro cierto, matará sus esperanzas. Casi puedo verla desplomarse sobre la silla, sin ser capaz siquiera de derramar una lágrima, porque la desesperación le hará un nudo bien tirante en la garganta que le durará mucho tiempo. Se quitará el mandil, leerá de nuevo la misiva, y luego, cuando se haya tranquilizado un poco... Pero no, ya no encontrará reposo. Nadie podría, después de recibir una carta así. A pesar de todo, yo tenía que escribirle, fue la desesperación la que me impulsó a hacerlo. Fue ella la que me empujó hasta el armario, la que me obligó a sacar de él papel y pluma, la que me hizo sentarme luego a escribir. ¡Ay, si Maria me denuncia!... Pero es mi hermana, y sabrá lo que hay que hacer. Yo estoy mentalizado ya para lo que me pueda pasar, estoy preparado para todo. Hoy es martes, un martes de primavera, soleado y cálido. Pasado

mañana, el jueves, a las diez, Maria habrá recibido la carta. A partir de ese momento todo quedará decidido, si es que hay algo que tenga que decidirse. Es mi culpa que se haya quedado sola... Fui yo el que hace seis años...»

El asistente Proska, de treinta y cinco años, atrapó con un movimiento cansino la única silla que había en su habitación, se sentó, apoyó el codo en el alféizar de la ventana, colocó el mentón sobre sus manazas y fijó su mirada en el buzón. Oyó entonces un aleteo rápido que resonó en el aire, plas-plas: eran las palomas, que regresaban. Inspiró y espiró profundamente, varias veces. Eso le provocó un ligero y agradable vahído. Durante un segundo lo dominó la fantasía de que se precipitaba desde algún lugar alto, un muro, un tejado, un árbol o un peñasco. Luego se imaginó que inclinaba la cabeza sobre un pozo, que contenía el aliento y se quedaba escuchando atentamente los sonidos que procedían de allá dentro, del paisaje hondo y consolador del silencio. Y mientras aguzaba el oído para escuchar los sonidos de un mundo extinto ya, que ahora parecía manifestarse de nuevo, mientras creía percibir los contornos de su propia frente estrecha y alargada, de su cuello musculoso y de su pelo decolorado por el sol en la lejana superficie del agua del pozo, en la superficie de lo que fue, de lo experimentado y lo soportado..., mientras todo aquello se le venía encima, surgieron de entre la niebla del tiempo las imágenes de sus recuerdos. Walter Proska, el asistente, escuchó de pronto el silbido de una locomotora...